

TAHICHE

Fuente: Agustín de La Hoz

Para mí, Tahiche el Grande está siempre envuelto en inesperado recato. No conozco otro pueblo donde se pueda ejercer ese paseo solitario y teatral, que se busca clásicamente a la orilla del mar, o en los huertos adustos de los monasterios. Aquí, en Tahiche el Grande, encuentran su lugar el recato y el silencio.

Se está en este pueblo cuando se llega a la bifurcación de tres carreteras: la que viene de Arrecife, la que tuerce hacia la Real Villa de Tegui, y la que se desvía por entre el próximo caserío en dirección a las dos Guatizas. Desde este áspero cruce se ve el mar, y acá de éste calderas erizadas de crestas jeroglíficas. A poco tramo se levanta la mole parda de montaña de Ubique, y a sus pies descarnados se insinúa la vega del pueblo, donde las cabras buscan afanosas los primeros verdes ocasionados por las lluvias, cuando las hay...

A Tahiche el Grande le viene como anillo al dedo la referencia aquélla de Unamuno: «...ocurre pensar si son otros los vivos, que fueron los muertos, si no es una misma generación la que bajo diversas figuraciones se sucede...». Tahiche el Grande es un pueblo que no mira al campo sino al océano, y su gente parece no moverse en el tiempo que les corresponde; sus hombres no saben lo que es doblar la cintura sobre la tierra sedienta, pero sí saben manejar el afilado cuchillo destripador, y son diestros saladores, a bordo de los barcos. Así, las mujeres, también gustan de las labores en torno al pescado, siendo las más dedicadas a esos menesteres en las fábricas de Arrecife, cuya distancia de siete kilómetros cubren diariamente con luz del alba. Impresiona ver las recuas alegres de esas muchachas sonrosadas y prietas cantando y andando hacia las factorías. Todas usan

guantes de gruesa tela para que sus manos no se vuelvan ulcerosas como las de sus padres, hermanos, novios y maridos. Los habitantes de Tahiche el Grande, que no llegan al millar, tienen sus costumbres, su vocabulario, sus desdenes por los señoritos y su socarronería por las «mecanidades» actuales. Uno de los más viejos nos dice que, en su casi centenar de años, su pueblo en nada ha variado, que es como fue, y me añadió que él también iba a «la costa» cuando había que temer a los *saharauis*, de la tribu de los Regueibas, la más fiera de cuantas acampan por las inmediaciones del Angra de Cintra hasta el Cabo Blanco. Según este viejo lobo de mar, él estuvo cuando el suceso de «Requinto», un balandro que de noche fue asaltado por los moros y desvalijado por completo, haciendo prisioneros a todos los tripulantes, para luego canjearlos por gofio o pescado. Cuando la flota lanzaroteña y los demás barcos canarios no estaban de pesca, por terminarse la zafra, los beduinos solían conducir a sus prisioneros hasta el mercado de Timbactú, y allí los vendían a precio de baratija¹.

La gente de Tahiche el Grande decora sus casas con ejemplar atuendo tradicional, luciendo, a modo de sala, flamante habitación llena de cuadros litografiados, y su destiladera repleta de culantrillo y loza ilustrada de ramitos de flores. La gente de Tahiche el Grande siente un exagerado orgullo por conservar la raza de sus cabras y cuidan religiosamente la afamada calidad de sus quesos, que forran de pimentón, sabrán ellos por qué.

Las casitas de este pueblo están en medio de pircas muy mal aderezadas, tras las cuales siempre hay enlutadas mujeres, tocadas con sombreras de paja, que atienden a los cereales y legumbres. Por cualquier sitio hay grupos de burros y cabras, de niños y gallinas, de perros y cochinos; son los niños preciosas criaturas vestidas de faldones coloristas, mocosa la nariz y de grandes orejillas; sus cabecitas van invariablemente cubiertas por un sombrero a lo holandesa, muy propio para eludir la cascada solar, que cae desde un cielo limpio y azul. Bajo la amorosa sombra de los muros algunos ancianos, sombrero sobre la cara, sostienen enconada lucha con las moscas entretanto escuchan el silbo del almuerzo. Las sabandijas van y vienen casi atontadas de tanto regodeo sobre las piedras recalentadas; zumban los moscardones en torno a la efímera flor de las chumberas, y los verdinos² ladran, y rebuzna el burro, y se oye el tableteo histérico que hace la lengua de algún camello celoso.

Son las casitas de Tahiche el Grande muy humildes y pintorescas, con sus destartalladas gañanías de piedra y lodo, y sus hornos peculiares, que parecen morabitos diminutos. Pasear por entre esa particular arquitectura resulta la mar de delicioso, pues se puede andar sin temor a los automóviles ni febriles motocicletas. Son caminos rodeados de muros, paralelos y angostos, adornados de geranios color de rosa pálida, y bungavillas encendidas que, incluso, se arrastran por el suelo insinuando una alfombra de púrpura; tras los muros asoman las tuneras coronadas de frutas encarnadas. Parece que uno pasea por aquí como si fuera

el Adán contemporáneo, sintiéndose dueño del lugar, sin ruidos ni exigencias, a no ser la de los verdinos que ladran en nuestra propia cara. Los burros que pasan demuestran tener un gran sentido de la urbanidad, ya que son ellos los que se apartan para no molestar a los peatones. Las gallinas, empero, no se ladean y se quedan tan mansas. ¡Qué decorativa es la gallina en un camino de pueblo! El gallo lo es menos, porque siempre tiene que hacer, ora con una, ora con otra.

Llegar a Tahíche el Grande cuando hay muerte de cochino, no supone otra cosa sino que hay que comer carne de cerdo y beber, *velis nolis*, sendos vasos de vinillo rubio y calentón. Presenciar una muerte de cochino, acaso como sorpresa, resulta siempre un gran gozo y un gran dolor, pues, inmediatamente al sacrificio, se cuelga entero el animal que parece mirarnos desde sus cuencas encogidas, por lo que sus ojos permanecen más brillantes, más tristes y melancólicos. No cambia el cochino esta expresión, aunque se le destroce pedazo a pedazo, que van cayendo en la hirviente sartén, cuyos aromas aguan el paladar e invitan a nuevo sorbo de vid. Las mujeres, con sus livianas sayas de lunares, y sus pañuelos anudados bajo la barbilla, preparan la mezcla para las morcillas, entretanto el resto de la reunión bebe y come sentado en torno. La succulenta carne huele en todo Tahíche el Grande, y su apetitoso olor es un mensaje que convoca a todo el vecindario que, sin otra invitación formal, a no ser la de sus ancestrales preceptos, se congregan y toman parte en la comilona, como miembro de una comunidad que defiende sus tradiciones, pues, a la recíproca, cada quisque dará de comer y de beber a los presentes llegado el momento en que haya muerte de cochino en su casa. Durante la muerte del cochino no es posible ni el odio ni el rencor, porque en esa noche la reconciliación es la base de la fiesta; son noches de amor, y son noches de paz, aunque ésta, como en las guerras, se obtenga a cambio de un poco de sangre.

Tiene Tahíche el Grande una ermita formada nada más que por una bóveda de medio punto, toda de cantería, con su presbiterio separado del cuerpo principal. Las arcadas carecen de valor, y la ermita, por no valer nada, vale. Está dedicada a Santiago Apóstol, cuya imagen del retablo único es rústica y sin valor artístico, pero el primitivo cuadro que aparece encima del altar es de gran mérito, acaso del XVIII, de caracteres renacentistas, que representa al mayor de los Santiagos venciendo a los sarracenos en la batalla de Clavijo. El cuadro muestra un verdadero San Yago, en los desfiladeros asturianos, fogoso jinete y excelente espadachín, mientras los moros, de ojos desorbitados, padecen pánico ante el grito «¡Santiago y cierra España!». Otra obra de arte digna de verse es el soberbio sillón de estilo Felipe II, tapizado en cuero repujado que está situado del lado del presbiterio y que, sin duda, es obra de mucho mérito.

A pocos pasos de la ermita está el recinto de las verbenas más famosas de Lanzarote, que tienen lugar por la festividad de Santiago, y donde gente de todas las latitudes insulares se concitan para bailar desde el alba a la noche, entre inin-

terrumpidas explosiones de cohetería y petardos de extraordinario sonido. Todos se divierten acompasados al ritmo alegre de los alígeros timplillos, sonoros y viriles, mientras que desde los ventorrillos se escapa la tentación hecha carne en adobo. Por estos tiempos de Santiago las brevas ennegrecen hasta resumir almíbar, y el pueblo torna a su recato silencioso para la recolección en las higueras, éstas estupendamente abrigadas entre las grietas del rastrojo lávico que, serpenteando, pasa lamiendo el caserío.

Fue en 1885 cuando el Dr. René Verneau, eminente antropólogo francés, visita Tahiche el Grande para buscar los vestigios de las famosas «casas hondas»³, encontrando varias de ellas. Constituyen un tipo muy distinto de los poblados de cuevas y de cabañas de piedra, con sus lajas dispuestas sobre rocas verticales, a modo de clásicas galerías⁴. Estas «casas hondas» están localizadas en el lugar aborigen de Tegia, hacia Corral Hermoso, no muy distante de la necrópolis prehistórica descubierta en Maneje, por las inmediaciones del Valle Sagrado de Zonzamas. Sin duda, los yacimientos de Tegia vienen a ser, acaso los monumentos *majos* más importantes de Lanzarote, si bien han sido profanados por la irresponsable curiosidad de sus «descubridores». Pero, aún pueden visitarse para admiración general, dadas sus formidables trazas y ciclópeas concepciones estructurales.

Así es Tahiche el Grande, un pueblo dormido, que sólo despierta con los fuegos de la víspera de Santiago, y que despierto estará hasta el instante en que se apaguen las luces de sus verbenas, para volver a su sueño milenario, a sus puras y clásicas costumbres de pueblo ancestral:

*«Pellas de gofio, pan en esqueleto,
forma a estos hombres —lo demás conduto—,
y en este suelo de escorial, gris y enjuto,
como pasó el abuelo pasa el nieto,
sin hojas, dando solo flor y fruto.»*

Tahiche el Grande es como el humus prodigioso de las tradiciones, y en esa creencia envía a sus hombres al océano para que no sepan nunca cómo se surca la tierra...

NOTAS AL CAPÍTULO

1. Es de grata memoria la acción africanista del fallecido general Bens, que sin medios ni ejército pero con mucha «mano larga» entre los *saharauís* logró el respeto de éstos para los *roncotes* canarios.
2. Raza canina originaria de Fuerteventura, y está hoy casi extinguida en aquella isla.
3. Ver nota 5, cap. V, del presente volumen.
4. S. Berthelot, *ob. cit.* lám. 3, fig. 1.